

No es fácil definirla. Lo cierto es que no se nace con ella, sino se asume a través de un proceso de socialización. La identidad individual comienza por asimilar el nombre. La familiar supone incorporar apellidos y conocer y reconocer a los progenitores. La identidad parental induce a aceptar como «nosotros» a los «otros» que son consanguíneos o afines, pero ajenos a la inmediatez de lo hogareño. La sexual -de raíz genética- la acentúa el entorno que suprime ambigüedades. Si tales identidades son de naturaleza distinta suelen complementarse. No obstante, si son de la misma estirpe se repelen o colisionan. La identidad nacional es la que ahora interesa en el presente trabajo. Hay modalidades de ignorarla y también estrategias de negarla, minimizarla u olvidarla. Se propone un debate sobre la materia recurriendo a manifestaciones de allá y de aquí, del ahora y del ayer reciente o remoto. Pareciera urgente encenderlo para captar -en su exacta dimensión- la crisis de identidad que afecta lo que denominamos *ugartianamente*² Patria Grande.

Fuimos testigos de cómo se impone, se desarrolla y muere la identidad soviética. Varios decenios son insuficientes para internalizarla en el alma de millones de habitantes del gigantesco Estado que Lenin funda sobre los escombros del Imperio de los Zares. La sustancia de aquella identidad no es territorial ni étnica, sino sólo política. Apenas nace la Mancomunidad de Estados Independientes (MEI) rebrotan las otras de tipo nacional. Incluso el núcleo de aquella macropotencia vuelve a denominarse Rusia y como tal es conocida hoy y sus habitantes retornan a la arcaica toponimia, al himno tradicional y a la vieja bandera, así como al gentilicio raigal. Ni que referirse a los «países bálticos» o a las nacionalidades del Asia céntrica y, en particular, aquellas del Cáucaso, por ejemplo, Chechenia y Georgia. Ayer Croacia repudia la identidad yugoslava. Los croatas no quieren ser yugoslavos. Belgrado no intentó privarlos de tal condición, sino sobreponer a ella otra de mayor envergadura. Sin embargo, de la repulsa se pasa al quiebre.

Los hispanoamericanos -por 300 años- somos españoles. Hubo españoles metropolitanos y españoles americanos. Estos -o sus líderes- aprovechan la ocupación de la Península por Bonaparte y la acefalía del Imperio para precipitar la ruptura con la Corona. Entonces viene el rechazo a la identidad de origen. Peor aún, para legitimar la fragmentación, se levantan las esclusas dándose rienda suelta a la leyenda negra *lascasiana*³ que inculca a posteriori complejo de inferioridad a Nuestra

América. Se trata del síndrome de la auto denigración. La Independencia se afirma entonces en un indigenismo que -a todas luces- es mero discurso porque los arquitectos de la emancipación son nietos o bisnietos de encomenderos, es decir, españoles. A fin de acentuar aún más el divorcio crean gentilicios nuevos que borran el antiguo. Así, O'Higgins -por decreto- establece que los habitantes de su país son «chilenos». Al otro lado de la Cordillera de lo bonaerense se pasa a lo rioplatense hasta que el Virreinato de la Plata se convierte en Argentina. Entonces, los oriundos son argentinos. Es una identidad que se sobrepone a aquellas que son provinciales.

¹ Profesor de Estado en Historia y Geografía (1960, Universidad de Chile) y Magister en Educación (1974, Pontificia Universidad Católica de Chile). Otros datos disponibles en ficha de autor: <https://www.mrns.cl/w3/index.php/60-biblioteca/ref/208-pgodoy>

² Se alude a Manuel Baldomero Ugarte (1875-1951) quien, a comienzos del S. XX, rescata la tesis bolivariana de una Iberoamérica concebida como nacionalidad desmembrada que, para sacudirse de la dependencia y del subdesarrollo, debe reintegrarse.

³ Referencia al sacerdote. Bartolomé de las Casas (1484-1566) quien, en el S. XVI, inicia campaña de defensa del pueblo indígena.



Perece la identidad de españoles americanos, también apellidados «indianos». Se suplanta por esa de «americanos», a secas, que nos empalma con EEUU y Canadá. Esa maniobra se observa desde la emancipación misma. Los libertadores -salvo excepciones- comienzan a aludir a «americanos» sin la indispensable adjetivización. A título de excepción se anota sudamericanos. El nulo rigor perdura hasta hoy y es frecuente que los promotores de la integración sean etiquetados como «americanistas». En pie de igualdad aparecen Washington y Bolívar. Quien afrancesadamente reacciona, al promediar el S. XIX, es Francisco Bilbao, quien alude a América latina. Eso, de «latino» es bandera de Napoleón III el que la agita desde París ante la expansión germánica y ánglica. No obstante, el chileno viene de regreso de su francolatría, por efecto de la invasión francoespañola de México que implica la fundación del Imperio de Maximiliano. Entonces enarbola pabellón de unión y promueve el rescate de la tesis bolivariana.

El aislacionismo se impone. Lo fomenta cada oligarquía lugareña y su legión de plumarios de prensa y locutores de aula con apoyatura del imperialismo de turno. Se olvida o rechaza aquella que fue envolvente y aglutinante y se impone una identidad particular por cada república. Las Facultades de Derecho de cada Universidad afirmarán solemnes que «el Estado es la nación jurídicamente organizada». Con ello coagula la doctrina según la cual Estado=nación. Cada comarca se autoasigna el rango de nación y al comarcalismo se le sinonimiza como «nacionalismo». En la Colombia santanderina escindida de la Gran Colombia de Bolívar surge -en el siglo XX- otro brote separatista que genera a Panamá. Allí la «panameñización» supone descolombianizar esa república nacida bajo protección de la US Navy. Con apoyo de Washington se expande el sistema escolar y si bien no se impone el idioma inglés, como en Filipinas o Puerto Rico, se enseña Historia del bisoño Estado acentuándose las diferencias con el país del cual se secesiona. A ello se une pabellón, escudo, himno patrio, campañas de prensa y signo monetario y -sobre todo- aduana y delimitación fronteriza.

Ahora mismo Taipé busca generar la identidad taiwanesa antagónica a la china. Pekín protesta, pero plasmar un pseudonacionalismo no es difícil. Se trata de una herramienta clave para legitimar el desmenuzamiento. Opera en el ámbito psicocultural. Implica el cultivo de la adhesión al entorno inmediato y el desprecio por el tronco originario. Timor -una esquirra de Indonesia- con apoyo de Occidente se independiza de Djakarta en función de estimarse «distinta» a sus compatriotas. Histerias de este tipo sacuden a Vasconia y Cataluña. Comienzan demandando autonomía cultural y finaliza con terrorismo tipo ETA. En la Edad Antigua hubo quienes, en Atenas, se sienten más áticos que griegos. Tal urbe se divide entre adversarios y adherentes al proyecto integrador de Filipo presentado por la propaganda aislacionista como «invasor bárbaro» y, por ende, no helénico. La Persia imperial alienta a quienes se afanan por conservar las polis como Estados urbanos. Muy interesante, en el ámbito ateniense, es el contrapunto entre Demóstenes e Isócrates. Son, respectivamente, uno centrifugador y el otro integrador.

Hoy, quienes promovemos el integracionismo, estamos en la brega por rescatar una identidad evaporada o pisoteada. Es una identidad meganacional. Se estima palanca de liberación y desarrollo. En 200 años -desde aquel parto prematuro que es la Independencia y con el consiguiente fracaso de militares como Bolívar, O'Higgins, San Martín o Morazán y de intelectuales Alamán, Bilbao, Vicuña Mackenna o Ugarte- el operativo logra éxitos sólo parciales. Ello, sin embargo, no invalida la bandera que para no pocos es divisa que conduce a suprimir el vasallaje y la pobreza. Al menos así lo sostienen quienes hoy se proclaman bolivarianos. Poseen vigencia -vale la pena advertirlo- antes del comandante Chávez.



Lo ocurrido es que el presidente de Venezuela lo reflota ahora como Perón en la década del 50. Está por verse que dirección le imprime. La que la prensa informa -al menos desde nuestra perspectiva- es inadecuada⁴.

La identidad nacional -según la escuela de Bolívar que también es la de Joaquín Edwards Bello y Felipe Herrera- sería una que proporciona a un conglomerado convencimiento de origen común, motivación de pertenencia a un terruño y a una colectividad no restringida por los hitos fronterizos y ánimo de conservar o reintentar el aglutinamiento. Los elementos estáticos de la identidad -acorde con Renan- son la raza -por cierto no concebida sólo como factor somático-, la lengua y la fe. El factor dinámico es la voluntad colectiva. Es un principio espiritual que supone comunidad de triunfos y de sufrimientos. Siempre siguiendo al mismo autor se manifiesta que la identidad es un plebiscito cotidiano, así como la existencia del individuo es una afirmación de vida⁵. Se somete a referéndum, según Ortega un «proyecto sugestivo de vida en común»⁶. En tal comicios -al menos hasta hoy- triunfan los atomizadores. No obstante, ya comenzado el siglo XXI, es posible que el plan vital de Bolívar renazca. Entonces, como Teseo, superará el laberinto aniquilando al minotauro. La empresa no es fácil, pero sí posible.

¿Qué somos?⁷

Hay identidades trituradas, falsificadas y otras negadas. Una, la iberoamericana. El asunto preocupa tempranamente a nuestra «inteligencia». Hace ya algo más de siglo y medio el generalísimo Bolívar -un militar que también es estadista e intelectual- en la sesión inauguratoria del Congreso de Angostura plantea el problema «¿Qué somos?», preguntábase... La respuesta dada es «no somos europeos. Tampoco indígenas. Constituimos un pequeño género humano mixto. Somos sudamericanos»⁸. No usa la expresión «mestizo» quizás porque ya está -como todavía hoy- dotada de connotación peyorativa. Sin embargo, en la interrogante palpita la inquietud que hoy nos congrega.

Algunas décadas más tarde -en el escenario oscilante entre la anarquía y el despotismo del Río de la Plata- Domingo Faustino Sarmiento nuevamente insiste en el tema. Manifiesta: «¿Qué somos? ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos den acaso la única respuesta ¿Mixtos? Nadie quiere serlo. Hay millares que ni siquiera se consideran sudamericanos o argentinos. ¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimentamiento? ¿Argentinos? ¿Hasta dónde y desde cuándo? Bueno es darse cuenta de ello»⁹. En esta sagaz reflexión aparece la duda. Pasada la euforia de la Independencia, brota la hidra de la crisis de identidad. Ya se advierte un «no aceptarse» tal cual se es. Aún más, quizás con el derrumbe del proyecto confederativo de Bolívar naufraga aquella convicción de constituir «un pequeño género humano mixto» que se proclama «sudamericano».

En la línea de combate de quienes superan la duda y vuelven por los fueros afirmativistas -al finalizar el siglo- está José Martí quien, con la energía del profeta, anota: «Uno es el pueblo, uno en lo troncal -pese a las diferencias de follaje- el que habita de México a la Patagonia»¹⁰. Joaquín Edwards Bello alude al nacionalismo

⁴ Consúltese Godoy P. et al: «Socialismo del siglo XX y otras páginas»

⁵ Consúltese «Qu' est ce que une nation», de Ernest Renan. Paris, R. Helleu, 1934, p. 534

⁶ Consúltese «España invertebrada», de José Ortega y Gasset. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1960.

⁷ Clase magistral dictada por el Prof. Godoy en Aula Magna de la Universidad Tecnológica Metropolitana, (11.05.1991)

⁸ Blanco Fombona, R. «Pensamiento vivo de Bolívar», Ed. Losada, Buenos Aires, 1998, p.180.

⁹ «Conflicto y armonías de las razas en América», pág. 66

¹⁰ Martí, José: «Nuestra América», pág.28



continental¹¹. También –por el impacto que les produce el «descubrimiento» que, desde acá, hacen de España y de la revolución que conmueve a México- Gabriela Mistral y Pablo Neruda se proclamaron representantes de la iberoamericanidad y no vates de un solo país. Aquella pequeña joya de alta política y de aguda antropología que es «El grito» escrito por la poetisa y «Alturas de Machu Picchu» del autor de «Canto General», verdadero himno a Suramérica -conocido por la magnífica musicalización de «Los Jaivas»- son expresiones de esta percepción ancha y honda de la nacionalidad. Aún más –personajes de nuestro tiempo -Felipe Herrera¹² y Jorge Abelardo Ramos¹³ no tendrán inconvenientes en aludir al nacionalismo iberoamericano y a la nación iberoamericana

Esto nos produce un problema. Debemos revisar nuestros conceptos. En la escuela y el colegio, en la prensa y la televisión, en el cuartel y la sobremesa, aparecen como sinónimos los vocablos: país, patria, Estado y nación. Se está ante una adulteración conceptual. Cada término posee naturaleza propia. No son sinónimos. País es un hecho territorial. Estamos ante un concepto geográfico. Patria es una noción sentimental. Estamos frente a un concepto psicológico. Estado es una institución política. Estamos ante un concepto jurídico. Nación es un agrupamiento humano. Estamos frente a un concepto sociológico.

¿Qué es una nación? ... Un grupo humano que posee en común la sangre y la cultura. Sangre, en términos corrientes, es raza. Cultura en lo vertebral es lengua y religión. Entonces, Perú, Honduras, El Salvador, Ecuador o Uruguay no son naciones, sino fragmentos de una nación. Chile no es una nación. Es -no cabe duda- un Estado y una patria. Al mismo tiempo, es una gavilla de países, pues ¡por Dios que es distinta la 1ª Región -por ejemplo- respecto a la 12ª! Además, «no por último menos importante», no es una nación, sino partícula de la nacionalidad iberoamericana igual que las otras repúblicas. Recordemos, nación es un grupo humano que posee en común sangre y cultura. Etnia es raza y cultura. Esta en lo substantivo, lengua y religión. No constituye Iberoamérica un racimo de naciones, sino es una nación políticamente desmenuzada en veintitantos Estados. En esto la equipara con la Italia pregaribaldina o la Alemania prebismarckiana. Aún más, las fronteras que la escinden constituyen nuestros criollos muros de Berlín. La Guerra del Pacífico, en consecuencia, con esta óptica no es un conflicto internacional, sino apenas interestatal, es decir, una cruenta guerra civil entre iberoamericanos. Tan civil -y, por ende, hiperamarga- como la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay y la Guerra del Chaco o la Guerra del Fútbol. Como habría sido «civil» aquella conflagración de 1978 entre Chile y Argentina de no mediar la diplomacia vaticana.

2008

Originalmente publicado en:

Godoy P., P. & Galarce M., Gustavo (2008) *Bicentenario e Identidad*. Universidad Arturo Prat, pp. 39-49.

=====

Esta transcripción electrónica **no tiene objeto comercial**, y está destinada únicamente a la difusión de la obra con fines de crítica, ilustración, enseñanza e investigación, expresándose su fuente, título y autor, conforme estatuye la Ley nro. 17.336, sobre propiedad intelectual.

¹¹ Además del texto «Nacionalismo continental» consúltese «Tacna y Arica. Cap. Polonio» y «Mitópolis». La producción de este autor es un alegato antichauvinista e iberoamericanizante.

¹² Consúltese «Nacionalismo Latinoamericano» (Ed. Universitaria, Santiago, 1969) y «Nacionalismo, regionalismo, internacionalismo» (Buenos Aires, 1970)

¹³ Véase «Historia de la nación latinoamericana» (Ed. Peña y Lillo SA, Buenos Aires, 2007).